

Támesis y Otros Cuentos

Támesis y Otros Cuentos

CRISTIAN VAZQUEZ



Vázquez , Cristian

Támesis y otros cuentos - 1a ed. - La Plata : Univ. Nacional de La Plata, 2007.
80 p. ; 14x21 cm.

ISBN 978-950-34-0414-0

1. Narrativa Argentina. 2. Novela . I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 23/04/2007

Támesis y Otros Cuentos

Autor: Cristian Vazquez

Diseño: Andrea López Osornio



Editorial de la Universidad Nacional de La Plata

Calle 47 N° 380 - La Plata (1900) - Buenos Aires - Argentina
Tel/Fax: 54-221-4273992

La EDULP integra la Red de Editoriales Universitarias (REUN)

1° edición - 2007

ISBN N° 978-950-34-0414-0

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© 2007 - EDULP

Impreso en Argentina

Agradecimientos

A Octavio Echevarría, el primero de mis lectores. A Cristian Vaccarini, Emiliano Albertini, Sergio San Juan, Roberto Mansilla y Manrique Altavista, quienes también supieron internarse en las catacumbas de mis borradores. A mis padres Mary y Roberto y a mi hermano Ezequiel, por haberme ayudado tanto a ser esto que soy.

Y a Mónica, por estar conmigo del lado de allá.



*Las cosas que nos pasan cobran sentido
cuando las oímos contadas: recién ahí entendemos.
Le decimos a alguien (o alguien nos dice a nosotros)
qué nos pasó, y de pronto es eso lo que nos pasó.*

Juan Forn

*La experiencia no es lo que te sucede,
sino lo que haces con lo que te sucede.*

Aldous Huxley



1

Era mucha plata. Mucho más que ahora, porque era el año 98, estaba el uno a uno todavía, cuando los muchachos recibieron la oferta.



2

—Ahí, ¿no? —dijo Santiago. Señalaba la sombra de un árbol. Los demás dijeron que sí con la cabeza. Cuando llegaron, Daniel sacó de su mochila una especie de mantel, que entre los cuatro extendieron sobre el pasto. Se sentaron. Ramiro sacó un walkman, al que le había conectado los parlantes de la computadora, y sintonizó una radio en la que sonaba una canción de moda. Corrió una brisa fresca, que arrastró algunas hojas secas.

—Qué lindo día, che —dijo Santiago.

—Sí —dijo Federico—. ¿Preparás el mate, Dani?

Daniel sacó el mate y comenzó a cargarlo de yerba.

—¿Hacemos un trucacho? —propuso Santiago.

—¿Ya, tan temprano? —dijo Ramiro.

—Sí, boludo, ¿qué hora es?

—No sé, las diez serán... Pero recién llegamos.

—¿Y qué querés, que hagamos precalentamiento?

—Once menos veinticinco, son —dijo Federico.

Ramiro no dijo nada más. Federico había llevado las cartas: las sacó de un bolsillo de su mochila y las comenzó a barajar. Después tiró los reyes. Les tocó a Santiago y Daniel jugar en pareja contra Federico y Ramiro. Jugaron uno de esos partidos sin gracia, aburridos, como si alguien los hubiera obligado. Ganaron Federico y Ramiro, por bastante diferencia.



El Parque Pereyra ya se había engalanado de día de la primavera. Lleno de gente: no había parcela con pasto que no estuviera ocupada por algún grupo de chicas o muchachos.

Santiago estaba inquieto. No dejaba de mirar alrededor, atento a cualquier cosa que ocurriera. Buscaba algo: una señal, algún indicio que les indicara el camino a seguir. A los cuatro los había movido un anhelo casi inconsciente: encontrar la misma felicidad que un año antes en el mismo lugar. Pero esperaban, también casi inconscientemente, que los hechos se repitieran de algún modo mecánico y –visto desde afuera– burdo.

Habían dejado las cartas a un costado, sin que nadie propusiera volver a jugar. Al rato, Ramiro puso en palabras lo que los demás se negaban a aceptar.

–Che, es al pedo que esperemos algo como lo del año pasado. No va a pasar nada.

Los otros tres se quedaron en silencio. No podían contradecirlo.

–Yo diría que hagamos otra cosa –siguió diciendo Ramiro.

–¿Qué vamos a hacer? –dijo Federico.

–No sé, muchas cosas... Podemos ir al lugar ese que decía el papelito que te dieron hoy.

–No, Ramiro, debe ser una cagada eso.

–Bueno, boludo, es algo. Acá esperando que aparezcan las minas del año pasado, yo no me quedo.

–Es verdad, tenemos que hacer algo –dijo Santiago. Si no, nos morimos de angustia.

Daniel dijo que él también estaba de acuerdo.

–En todo caso, piénsenlo así –agregó–: no tiene por qué ser *igual* que el año pasado. Podemos conocer gente de otra forma. Capaz que vamos a dar una vuelta y quién te dice...

–Hagamos una cosa: levantamos campamento y nos vamos por ahí –propuso Ramiro–. Y cuando encontramos un lugar que nos guste, nos quedamos.

–Como el año pasado –dijo Santiago.

Guardaron todo y un minuto después estaban caminando por otra calle de grava. Ahora, con rumbo desconocido.



3

—¿Para qué lado estaba el lugar ese? —preguntó Ramiro.

—¿Qué lugar?

—Esa cabaña, la del folletito.

—Cómo hinchás las bolas con el folletito —dijo Federico.

—Para mí que debe estar bueno. ¿Quién tenía el papel?

—Vos lo tenías —le dijo Santiago al propio Ramiro—. Yo te lo di a vos.

—Yo te lo di a vos, Dani —dijo Ramiro.

—¿A mí?

—Sí, ¿no te lo di a vos?

—No, boludo, a mí me lo diste —dijo Federico—. Y no sé dónde está.

—¿Lo tiraste? —preguntó Ramiro, decepcionado.

—No, no sé, no lo tiré pero no sé qué hice, se me perdió. Basta, estamos yendo para otro lado.

Ramiro volvió a quedarse callado. Estaba molesto. En realidad, todos estaban llenos de fastidio. Llegaron a un puente que atravesaba un arroyo. Estaban en una zona donde, a pesar de la fecha, no había mucha gente. Pero a los pocos grupos que había, ellos cuatro los miraban fijo, sin disimulo: buscaban esa señal (*la* señal), algo que no sabían qué ni



cómo era, pero que era la puerta de ingreso al Día de la Primavera que habían imaginado, el Día de la Primavera con mayúsculas que habían esperado durante casi un año.

—Sigamos el arroyo —dijo Ramiro. En silencio, todos hicieron lo que él propuso.

Después de un trecho, el arroyo perdía caudal y se transformaba en un pequeño hilo de agua que parecía sobrevivir agónicamente entre árboles cada vez más pálidos y delgados. Todo el paisaje se había vuelto más árido. Ahora sí se habían alejado de los lugares de reunión: ya no se veía a nadie por allí. Solo escuchaban el ruido de los pájaros y, después, el de los bichos entre los matorrales. Ellos caminaban sin decirse nada, ni se miraban. Era como si de pronto hubieran asumido una misión secreta y estuvieran marchando hacia su objetivo.

Algunos kilómetros más adelante, el arroyo volvía a ensancharse y en el bosque había un claro, una medialuna de terreno cubierta de un césped suave, con flores de manzanilla y pequeños tréboles. Los muchachos habían caminado cerca de una hora y tenían hambre, y como el lugar les gustó decidieron quedarse allí. Volvieron a extender la manta y se sentaron sobre ella. Todos habían llevado sándwiches de milanesa. Daniel sacó la botella de *Sprite* que había cargado en su mochila y sirvió en un vaso que compartieron los cuatro.

—Acá sí que no vamos a encontrar a nadie —dijo Federico.

Todos comían.

—Y bueno —dijo al rato Santiago, todavía masticando—. Será que tenía que ser así.

No hablaron más por un rato. Solo comieron, silenciosos y pensativos.



4

Los invadió el sopor post-almuerzo y se tiraron en el pasto de cara al sol, usando las mochilas como almohadas. Había comenzado a nublarse y se había levantado viento, pero el día no dejaba de ser agradable. Así estuvieron largos minutos, abstraídos de todo, casi como si fueran cuatro elementos más del paisaje natural. Hasta que Ramiro les preguntó a los demás si también habían escuchado.

—¿Qué cosa?

—Como una música —dijo Ramiro, incorporándose.

—Yo no escuché nada —dijo Federico.

—Yo tampoco —dijo Santiago.

Lo que todos oían era el rumor del bosque, los animales, el viento leve; pero nada que sonara *como una música*. Hasta que un minuto más tarde sí, escucharon con claridad: era efectivamente una música, que parecía llegar desde muy lejos.

—Tenías razón —dijo Santiago—. ¿Qué habrá?

—No sé —dijo Ramiro—, pero estaría bueno ir a ver, ¿no?

Decidieron ir. La música provenía desde el otro lado del arroyo, de modo que volvieron caminando hasta donde éste se angostaba. Lo cruzaron. Después tuvieron que comenzar a hacerse camino entre los árboles y los arbustos, porque por allí no había ningún



sendero previo. Ramiro iba adelante, convertido casi en el guía de la excursión, dejándose conducir por su instinto.

Luego de un rato de marcha, distinguieron la música cada vez con mayor claridad y supieron que estaban muy cerca. Había terminado de nublarse, con esas nubes pesadas que no muestran intenciones de lluvia pero sí de instalarse por un tiempo indefinido. Los árboles parecieron acabarse de repente y los cuatro volvieron a salir a un claro en el bosque: eran los fondos de una amplia casa hecha de troncos y con techo de dos aguas, construida sobre una especie de plataforma. Caminaron hacia el frente, donde estaban los parlantes con la música a todo volumen. Al llegar, no vieron a nadie y les pareció que no había nadie en unos cuantos kilómetros a la redonda. Lo que sí vieron fue que la casa tenía un porche muy amplio y una escalera de tres peldaños que permitía llegar hasta la puerta de entrada, y en lo alto de la fachada un cartel enorme, también de madera, con un diseño artístico y letras blancas sobre fondo marrón. *Támesis*, decía.

—Llegamos —dijo Ramiro, con una sonrisa a medias pero triunfal.



5

Al llegar al Parque, cuando apenas habían bajado del tren (que por único día en el año llegaba hasta la estación Juan Vucetich), una chica toda vestida de rojo –calzas, remera ajustada y gorrita con visera– le había dado a Federico uno de los volantes que repartía. Era un papelito de muy mala calidad, que tenía un dibujo muy pequeño de una cabaña e invitaba a pasar un día de la primavera diferente, con juegos y premios y muchas cosas más, si querés divertirse de verdad vení, y explicaba cómo llegar. Federico les había pasado el volante a sus amigos y ninguno hizo comentarios, y cuando Ramiro volvió a preguntar por el papelito, ya lo habían perdido. *Támesis*, decía en su parte superior.



6

Ahora que estaban frente a la cabaña, no el pequeño dibujo del volante sino la cabaña real, la única señal de vida era la música que desde lejos habían escuchado, una emisora de FM que en esa época escuchaban todos. La puerta estaba entornada. Santiago caminó adelante, subió las escaleras y golpeó la puerta. Primero lo hizo tímidamente y no tuvo respuesta. Luego volvió a golpear, un poco más fuerte. El caserón parecía abandonado. Federico propuso que entraran.

—¿Te parece? —dijo Santiago.

—Sí, dale —dijo Ramiro, quien pasó junto a él, empujó la puerta y entró. Los demás lo siguieron. La sala a la que ingresaron era una especie de recepción, con dos sillones y un sofá y otros muebles muy antiguos y una piel de tigre extendida sobre el suelo. Más allá había también una mecedora y, junto a ella, una lámpara de pie. Dos amplios ventanales llenaban el ambiente de claridad, a pesar de que las cortinas de tela fina estaban desplegadas, y más allá una arcada comunicaba con otra habitación. El piso de parqué crujía un poco con los pasos. Cuando estuvieron dentro volvieron a entornar la puerta y, al quedar la música ahogada, escucharon, a lo lejos, una conversación. Prestaron atención. Eran varias personas que discutían, al parecer cordialmente, pero era claro que le buscaban solución a algún problema.

—Hay gente ahí —dijo Daniel con tono de advertencia.



—Ya sé que hay gente, pero se supone que podíamos pasar —dijo Ramiro—. Esto iba a estar abierto.

Se asomaron a la arcada y vieron que del otro lado había un salón muy grande, pero que la discusión no era allí. Tenía ventanales y cortinados de tela fina iguales a los de la recepción, y el mismo impecable piso que parecía reproducir hasta el infinito el dibujo en L de las pequeñas tablas. En las paredes, entre ventana y ventana, había focos con tulipas en forma de flor, y del techo, en el centro del salón, colgaba una araña de infinitas luces y lágrimas.

Los cuatro muchachos se quedaron perplejos ante aquel espectáculo inmóvil. Era como si hubiesen pasado a otra dimensión: eso no podía estar en el medio del bosque del Parque Pereyra. Pero la discusión *en off* continuaba: la que ahora hablaba era una mujer, con voz indignada. Evidentemente, estaban en algún cuarto al otro lado del salón.

De pronto, una voz los sobresaltó a sus espaldas.

—Hola.

Se dieron vuelta y se encontraron con los ojos demasiado azules de una chica que les pareció, a los cuatro, demasiado hermosa.

—Hola —dijeron.

—¿Vienen a festejar? —preguntó la chica.

Ellos no supieron qué responderle. No habían visto nada con aspecto de festejo, y no dijeron nada.

—Sí, ya sé —siguió ella—, les parece raro porque no hay nadie. Bueno, son los primeros. Pero vengan que los presento. Yo soy Mirna.

Y sin más, pasó por entre ellos cuatro, abriéndose camino en el salón. El parqué crujía también allí, pero cuando ellos la vieron caminar desde atrás les pareció lo más lógico que el suelo hiciera ruido a su paso, y la siguieron tan obedientes como si debiera cumplirse una Escritura.



Medio escondida al final del salón había una puerta. Mirna la abrió: daba a un pasillo. Ellos la siguieron. El pasillo terminaba en una cocina, donde no había lujos ni enormidades: tres hombres y tres mujeres eran los que estaban allí discutiendo, sentados en círculo.

—Permiso —dijo Mirna, entrando sin esperar respuesta. Todos se quedaron mudos cuando la vieron, y detrás a los cuatro muchachos. —Miren lo que traje —agregó ella.

El aire allí dentro estaba viciado de humo, porque casi todos fumaban y los vidrios de todas las ventanas estaban cerrados. El único que no fumaba era un hombre muy delgado, de unos 35 años, ojos tristes, camisa y pantalón y pelo gris, peinado con una perfecta raya al costado.

—Los chicos vienen a la fiesta —dijo Mirna, ante la falta de respuesta.

—Aleluya —dijo una de las mujeres, con expresión agria. Los que estaban con ella la miraron con un gesto de reproche, y luego Mirna se dio vuelta y, saliendo, les pidió a los chicos que la acompañaran. Ellos dijeron que sí con la cabeza y volvieron por el mismo camino a la recepción. Cuando estuvieron allí, ella los invitó a que se sentaran. Federico ocupó uno de los sillones y los otros tres se acomodaron en el sofá.

—Llegamos en mal momento, ¿no? —dijo Ramiro.

Mirna dudó.

—No es que sea un mal momento, es que no vino nadie... y les va a dar pérdidas... ¿Ustedes vinieron por el volante?

Al mismo tiempo, Ramiro dijo que sí y Santiago y Federico, que no.

—Nos dieron el volante hoy temprano, pero lo perdimos —explicó Ramiro.

—Llegamos de casualidad —añadió Santiago. Y narró cómo decidieron vagar por el parque, que se quedaron en un claro que les gustó y escucharon la música y la siguieron.

—Y sí —dijo Mirna como para sí misma—, estamos medio perdidos acá.

—¿Cuál es la idea de esto? —preguntó Federico.



—La idea era hacer una fiesta, con baile y juegos, juegos grupales, no sé bien qué competencias iba a haber, sé que iba a haber una «Búsqueda del Tesoro».

—Cosas para chicos —dijo Santiago, decepcionado.

—No, no, estaba pensado para chicos de la edad de ustedes.

—¿Y qué pasó?

—Esto. Que no vino nadie. Y van a perder un montón de plata, según tengo entendido, porque ya tenían todo organizado...

—Ah, y por eso estaban discutiendo.

Mirna lo miró callada un instante. Pensaba que ellos no habían oído la discusión.

—Sí —dijo después.

—¿Y vos no estás en la organización? —le preguntó Ramiro.

—No, yo trabajo para ellos, nada más.

En ese momento, el hombre vestido de gris apareció en la recepción. Sonriente, saludó, preguntó cómo estaban y, sin esperar respuestas, se presentó:

—Mi nombre es Claudio. Soy el dueño de este lugar.

Pero después se detuvo y se quedó en silencio largos segundos, como si tuviese un libreto estudiado de memoria y lo hubiera olvidado de repente.

—¿Así que les salió mal la fiesta? —dijo Federico—. ¿Nos viene a avisar que tenemos que irnos?

Claudio sonrió, sobreactuando un poco.

—No, no. Todo lo contrario. Como son los primeros visitantes de Támesis en el día de hoy, van a ser nuestros agasajados especiales. —Hizo una pausa. Como nadie dijo nada, prosiguió—: Este lugar, así como lo ven, tiene una larga historia. Yo los invito a hacer una recorrida por esa historia, llena de hechos curiosos y personajes raros, y luego sí, la «Búsqueda del Tesoro».

Los cuatro muchachos lo miraron en silencio. Mirna dijo:

—Si tienen ganas, obviamente.



—Por supuesto —dijo Claudio.
Hubo otro hueco de silencio.
—Hagamos una cosa —dijo Mirna: piensenlo, charlenlo entre ustedes, y si tienen ganas se quedan, y si no se van y los esperamos otro día, ¿sí?
Y tomó de un brazo a Claudio y salieron cruzando la arcada. Sus pasos resonaron por la sala, hasta que llegaron a la puerta que daba al pasillo y la cocina.
—Ni en pedo —dijo Federico cuando se quedaron solos.
—No, vamonós a la mierda —dijo Santiago.
—Yo digo de quedarnos —dijo Ramiro.
—¿Para qué? —dijo Federico—. ¿La historia de este lugar? ¿La «Búsqueda del Tesoro»? Boludo, ¿qué mierda es eso? ¿A esto vinimos?
—¿Y a qué vinimos? —replicó Ramiro con bronca—. Acá por lo menos vamos a hacer algo, no andar dando vueltas esperando ver fantasmas...
—Yo también voto por quedarnos —opinó Daniel—. Por ahí está bueno. Aparte, con tal de verla un rato más a Mirna, yo me quedo.
—Viste qué linda que es —dijo Ramiro.
—Para mí que va a ser un embole, qué querés que te diga —opinó Federico.
—El tipo tiene una pinta de tarado... —dijo Santiago.
—Callate, boludo, a ver si te escuchan —dijo Ramiro.
—Y que me escuche, boludo, qué me va a hacer.
—Che, no habrá cámaras acá, ¿no? —dijo Daniel—, a ver si están escuchando todo lo que hablamos...
Todos miraron alrededor, buscando alguna cámara, algún micrófono, algo.
—Bueno, qué hacemos.
—Somos dos y dos.
—Mirá —dijo Ramiro—, si nos quedamos, siempre tenemos la opción de irnos. Si nos vamos directamente, vamos a andar boludeando por ahí sin saber qué hacer...



—Como quieran —dijo Santiago.

—Tiremos una moneda —dijo Federico. Era una costumbre en él, cuando comenzaba a verse perdido, apelar al azar. Los demás estuvieron de acuerdo. Daniel sacó del bolsillo una moneda de 25 centavos.

Si salía el Cabildo, cara, se quedaban. Si salía el 25, ceca, se iban.

—Que caiga al piso —pidió Federico.

Daniel tiró la moneda. Luego de girar por el aire, cayó de canto en el parqué y rodó con tal precisión que entró en una ranura y después se perdió entre las maderas del piso.

—Pero la puta madre —dijo Ramiro, quien de inmediato se agachó y se puso a hurgar en la ranura. Enseguida comprobó que se trataba de la tapa de un hueco, que se disimulaba debajo de una alfombra. La corrió y, de rodillas en el suelo, trató de meter el dedo en la ranura para levantar la tapa, y los otros tres se agacharon junto a él. Estaban allí, reconcentrados en el intento de recuperar la moneda, cuando escucharon la voz de Mirna que les llegaba desde arriba.

—No pudieron esperar a que volviéramos, que ya están tratando de conocer los secretos de Támesis.

Se quedaron quietos y la miraron, como niños descubiertos en una travesura. La chica se acercó, sacó de su lugar una tablita que estaba suelta en el piso y ellos no habían advertido, y quedó descubierta una cerradura. Mirna sacó del bolsillo un manojito de llaves, unidas por una gran argolla, separó una y con ella abrió el cerrojo, y luego levantó la tapa. Como no había mucha luz, solo se veía una escalera de madera que descendía casi verticalmente. Ella introdujo el brazo en el agujero y palpó unas cuantas veces hasta dar con un interruptor, y entonces una lamparita iluminó el sótano. Vieron que estaba atiborrado de armarios y cajas y objetos de lo más variados. Mirna les dijo que bajaran; entusiasmados, uno a uno lo hicieron y se fueron sentando en unos taburetes muy bajitos, ideales para niños o enanos. Ellos miraban todo lo que había allí, maravillados, como si creyeran que en un sótano pudieran estar reunidos todos los objetos del mundo.



—Acá está gran parte de la historia de Támesis –dijo Mirna, con voz de guía turística.

—¿Qué hay? –preguntó Santiago.

—De todo. Por ejemplo: discos.

De arriba de un armario, Mirna bajó con esfuerzo una caja de cartón repleta de discos de vinilo. Les pasó ligeramente un trapo, para sacarles la tierra, y después los muchachos se pusieron a revisarlos, Santiago con más entusiasmo que todos los demás: Rolling Stones, Sandro, Miguel Aceves Mejía, Los Chalchaleros, *Lo mejor de D'Agostino-Vargas*, Atahualpa Yupanqui, Jaime Roos, José Luis Perales, Jazzy Mel, Thelonius Monk, Nino Bravo, Juan Corazón Ramón, Richard Clayderman, el Quinteto Imperial, Almendra, Feliciano Brunelli, Julio Iglesias, el Club del Clan, Facundo Cabral, el Fary, Edith Piaf, los del Suquia, Génesis, Vilma Palma e Vampiros, María Marta Serra Lima, *Para mamá en su día*, otro de Julio Iglesias con una dedicatoria escrita en birrome: *por todo lo que sabés que te amo, y por lo que no sabés también*, de un tal Rogelio para una tal Estela. Después Mirna bajó otra caja, donde la serie continuaba: Julio Sosa, Eydie Gorme y el trío Los Panchos, Los de Imaguaré, Abba, Elvis Presley, la banda de sonido de *Rocky V*, Virus, Armando Manzanero, Judy Cheeks, Chico Novarro, Los Cantores del Alba, Ray Charles, Vicente Orrego, *La música de Chespirito* y un disco con canciones grabadas por Ringo Bonavena.

—Qué quilombo –dijo Federico.

—Claudio te diría que no es quilombo: es variedad –dijo Mirna.

—¿Y los escuchan? –preguntó Ramiro.

—Sí. Hoy tenían pensado pasarlos, pero como no salió lo que esperaban... Si quieren podemos escuchar alguno.

—Dale.

—¿Qué les gusta?

—¿Qué nos recomendás?

—A mí me encanta Edith Piaf –dijo la chica.



Ninguno de ellos la había escuchado nunca, y aceptaron la sugerencia. Mirna se acercó al tocadiscos que estaba en un rincón y puso el long play. Llenó el ambiente la voz de niña de la francesa entonando *Rien de rien*.

—Tienen también revistas —dijo Mirna.

Abrió un armario y quedaron a la vista pilas de ejemplares, entre los que se veían portadas de *El Gráfico*, *Panorama*, *Patoruzú* y *Nippur de Lagash*.

—¿Por qué tienen todo esto? ¿Qué es acá? —preguntó Federico.

—Bueno, entonces quieren que les cuente la historia de Támesis.

—Y, sí —dijo Santiago, que a veces se jactaba de ser un buen perdedor.

—Les cuento. La familia de Claudio tiene mucha plata, siempre tuvo mucha plata. Y tenían, históricamente, una cabañita perdida en el medio del Parque Pereyra. El padre de Clau era abogado, el abuelo era estanciero, y bueno, ya le habían armado toda la vida: Claudio tenía que ser abogado y seguir la tradición de la familia y todo eso. Pero él no quiso saber nada. Quería ser músico, o tener una huerta, irse a vivir al campo, o poner un almacén, o una tienda, cualquier cosa, pero nada que ver con lo que quería el padre. Cuando Clau tenía 21, creo, o 22 años, el padre se muere, de repente, de un infarto. Y Claudio recibe su parte de la herencia. Algunos pensaron y quisieron convencerlo de que, como un homenaje al padre, finalmente estudiara abogacía. Pero nada que ver: se fue a vivir al sur, a El Bolsón, se retiró de todo, y puso allá una tienda de ropa. Y le fue bien. Estuvo allá como diez años. Hasta que un día se cansó y se le ocurrió volverse. Como la casita del Parque Pereyra nadie la quería y le había quedado en la sucesión a él, se vino a instalar acá.

—Yo pensaba que el Parque Pereyra era un espacio público —dijo Daniel.

—Sí, es un espacio público, pero hay algunos lugares, parcelas, que son propiedad privada. Este terreno se lo dio a la familia de Claudio la familia Pereyra Iraola, hace mucho tiempo, en la década del veinte, me parece.

—Qué raro, dar un terreno en el medio del bosque...



—Sí. Parece que acá había algo que al abuelo de Claudio le gustaba mucho, no sé si un árbol o un aljibe o algo así. Han dicho cosas como que acá había un tesoro enterrado, también... Pero esas son pavadas.

—Bueno, entonces Claudio vino hace poco acá, ¿no? —dijo Santiago.

—Hace dos años.

—¿Y en este lugar no había nadie? —dijo Ramiro, mirando alrededor.

—Acá estaba la cabañita, que no era esto, era una casita de madera casi en ruinas, donde lo único que había eran estos discos y estas revistas y todos estos cachivaches. Todo lo que ven acá, en este sótano, era lo que ocupaba la casa, arriba. Entonces Claudio dijo: hagamos algo más lindo, que la gente pueda venir, como un restorancito.

—¿Vos ya estabas con él?

—No, no, yo lo conocí hace poco. Pero es como si hubiera estado con él todo ese tiempo, porque me contó la historia tantas veces, y cada vez que lo cuenta lo hace con tanta pasión...

—Y flor de casita se mandó —dijo Federico.

—Viste. Lástima que le salió mal lo de hoy.

—¿Era la primera vez que hacía algo así? —preguntó Santiago.

—Sí, acá sí. Pero me contó que ya hizo cosas parecidas cuando estuvo en el sur.

—¿Y quiénes son los que estaban con él en la cocina?

—Agustina y Daniela son las hermanas, y Roque y Marcelo los esposos de ellas, o sea sus cuñados. Y Silvina es la novia.

—¿Cuál, la rubia?

—No, la de anteojos. La que, cuando ustedes llegaron, dijo aleluya.

Los cuatro muchachos hicieron un gesto de desagrado. Desde arriba se escuchó un sonido, una nota aguda que se extendió en el aire como un gong.

—Nos llaman a comer —dijo Mirna.

—Pero nosotros ya comimos, eh —dijo Santiago.



—Está bien, esto va a ser una picadita, nada más.

Ella caminó hasta el tocadiscos, levantó la púa, retiró el long play y les indicó que subieran. Después, fue la última en salir del sótano; apagó la luz, cerró la tapa y puso llave.

Arriba, sentados en círculo en el salón principal, los esperaban Claudio y los otros cinco. Estaban junto a uno de los ventanales, que ahora tenía las cortinas abiertas. Habían dispuesto suficientes sillas para todos. Mirna les señaló que se sentaran, que ella lo haría enseguida. Claudio preparaba el mate, y sobre la mesa había tortas fritas.

—Sírvanse, chicos —ofreció Silvina. El talante de la novia del dueño de casa había cambiado: seguía sin ser muy agraciada, pero por lo menos parecía simpática.

—Sírvanse, que las preparó ella y están riquísimas —la elogió Claudio.

En el salón se escuchaba la misma música que en los altoparlantes de afuera. Escucharon que la radio se apagó y, luego de un breve silencio, el crepitar de la púa recién apoyada en el disco, en busca del surco. Volvió a empezar la primera canción del lado A del disco de Edith Piaf.

—Ah, bueno —dijo uno de los cuñados—. Ahora sí que no viene nadie más.

Nadie respondió. Mirna apareció sonriente y ocupó la silla que quedaba libre, y tomó una torta frita. Hizo ver que efectivamente era un picadita nada más, y comentó lo ricas que son las tortas fritas de Silvina, y eso les dio confianza a los chicos y se sirvieron. Claudio enseguida les pareció un tipo de lo más cordial. Les preguntó si Mirna les había contado la historia de Támesis. Ellos le dijeron que sí, y luego él les preguntó qué les gustaba hacer, si les gustaba la música, qué clase de música, si hacían música, si nunca habían soñado con hacer música. Todas las respuestas fueron no.

—Yo cuando era chico soñaba con ser músico —contó él después—. Me crié escuchando música, todo el tiempo y de todo tipo, vieron los discos, ¿no? Quería ser cantante, hasta que me convencieron de que no tenía voz para cantante. Entonces quise aprender



a tocar un instrumento. Y traté de aprender a tocar, primero, la guitarra. Después: la armónica, el bajo, la batería, la flauta travesa, el piano...

—¿El bandoneón, no? —quiso saber Santiago.

—No... No, por el bandoneón nunca se me dio.

—A mí me gustaría aprender a tocar el bandoneón.

—¡Ah, no me dijiste antes! ¡Qué bien!

—Sí, a veces me olvido. Pero me gustaría.

Claudio se quedó un rato mirándolo, sonriente. Luego siguió diciendo:

—Y bueno, cuando vi que ningún instrumento era para mí, dije: ya que no puedo hacer música yo, voy a dedicarme a ayudar a otros a que la hagan. Voy a ayudar a grupos, organizar recitales, darles plata para que puedan grabar sus discos. Pero bueno, hubo unos problemas, murió mi papá, no sé si les contaste, Mirna...

—Sí, les dije.

—...y tuve que dejar todo eso, me fui a vivir al sur, y estuve allá once años y medio, que es mucho tiempo. Volví hace dos años, y me vine a instalar acá. Y traté de cumplir aquel viejo sueño. Pero hasta ahora no tuve mucho éxito.

—¿Ninguna banda te vino a ver?

—Una, vino el año pasado. Unos pibes de La Plata, medio raros, decían que querían hacer rock pero con la misma onda que la cumbia, llegar a la gente a la que llega la cumbia... *Flojos de Esfínteres*, se llamaban.

Todos se rieron.

—¿Cómo? —dijo una de las hermanas.

—*Flojos de Esfínteres*. El nombre es gracioso, estaba bueno. Tenían una canción que se llamaba «Culo y Calzón», que era pegadiza, pero ellos decían que su primer éxito iba a ser otra, que se llamaba «Dalai solo bien se Lama».

De nuevo todos se rieron, aunque menos.

—¿Y qué pasó? —preguntó Ramiro.



—Dejaron de venir. Creo que empezaron a tener problemas entre ellos. Habían tocado un par de veces en boliches de La Plata, y les habían dado algunos billetes y parece que se pelearon por eso. Y si por poquito ya se estaban haciendo problemas, yo no podía arriesgarme a apoyarlos con mucho. Igual, no hizo falta que yo les dijera nada, porque ellos solos dejaron de venir.

—Hace poco —dijo Silvina—, un par de meses, te habían llamado unos chicos...

—Sí, pero nunca aparecieron. El problema es que acá estamos un poco aislados.

—Por ahí con un poco de publicidad —dijo Daniel.

—Pero no sé ya cuánta publicidad hacer. Para hoy hicimos, ¿cuántos: dos mil volantes?

—Dos mil quinientos —dijo Mirna.

—Bueno, tampoco es tanto —dijo Silvina.

—Pero bueno, dos mil quinientos. ¿Y cuántos vinieron? Ustedes cuatro. ¿A ustedes les dieron el volante?

—Sí, pero lo perdimos —dijo Ramiro.

—Llegaron de casualidad —explicó Mirna.

—Para mí, es este lugar —dijo una de las hermanas—. Yo pienso que está maldito.

—Ay, Daniela, no empieces con tu mala onda —respondió la otra hermana.

—Yo lo digo por él —se excusó Daniela—, antes que estar acá perdiendo el tiempo...

—A mí me gusta estar acá —dijo Claudio.

Se quedaron un rato en silencio. Santiago, Ramiro, Federico y Daniel se sintieron, al fin, muy a gusto con ellos. Se había acabado el lado A del disco, y Mirna lo fue a dar vuelta.

Por la ventana veían el gris que dominaba la tarde. El viento movía los árboles, ahora con un poco más de fuerza. Las nubes entristecían el ánimo. Claudio se había quedado largos minutos observando el paisaje al otro lado del vidrio. Y después dijo:

—Les tengo que contar una historia.



7

—Esta historia me la contó mi papá —dijo Claudio—, hace mucho tiempo, cuando yo era chico. Cuando la familia Pereyra Iraola le regaló el terreno a mi abuelo, no le dio solamente éste, sino también uno ubicado a unos kilómetros de acá. En el otro también había una cabañita. Y a las dos cabañitas mi abuelo les puso nombre. Mi abuelo era inglés, peleó en la primera guerra, y después se vino para acá. Parece que la casa donde vivió su infancia estaba a una cuadra del Tâmesis, y que él siempre iba con su mamá y jugaba en las orillas del río. Por eso a esta cabañita la llamó así: Tâmesis. Y a la otra cabañita la llamó Otros Cuentos, pero en ese caso nadie supo nunca por qué. Lo único que se sabe es que primero la llamó Other Stories, y después lo tradujo. Pero cuando le preguntaban por qué, dice que el viejo se hacía el tonto, nunca quiso decirlo. Y se murió sin decirlo.

«Cuando yo era chico, con mis padres veníamos siempre a esta cabañita, y a la otra no íbamos nunca. A veces preguntábamos por qué no íbamos a la otra, y mis padres cambiaban de tema, lo evitaban, o decían que otro día. Otro día, otro día, siempre iba a ser otro día, pero nunca íbamos. Pasaron los años, nosotros crecimos y ellos empezaron a llevarse mal, yo tendría ocho o nueve años y ellas algunos más, y mi mamá dejó de venir, y después ellas también se quedaban, veníamos sólo mi papá y yo. Y había pasado que yo medio que me había olvidado de la otra cabañita, de que había otra cabañita. Es más,



había empezado a pensar que no existía, que era una mentira, así como me había enterado de que no existían ni Papá Noel ni el Ratón Pérez. A mí me gustaba mucho venir acá, trataba de cazar pajaritos con la gomera, aunque nunca agarré ninguno. Tenía unas hamacas en uno de los árboles que está por allá, bueno, hacía cosas de chico. Hasta que un día, vaya a saber por qué, me acordé. Y le dije a mi papá: ¿vamos a la otra cabañita? Él me miró, se agachó, se puso en cuclillas delante de mí, y me agarró así de los brazos y me miró como si me estuviera por revelar un secreto enorme, y me dijo: 'Bueno'. Yo no lo pude creer, me había dicho que sí, yo esperaba que me dijera *otro día* o que no me dijera nada, pero me dijo: agarrate la campera. Él se puso un sombrero raro que tenía, como una boina, y salimos.

«Ya de salida nomás me sorprendí, porque arrancamos para otro lado, o sea: yo pensaba, siempre había pensado, que la cabañita estaba en una dirección, y salimos para otra. De dónde había sacado yo la dirección para dónde creía que estaba, no sé; no sé si me la habían dicho alguna vez o si la había inventado. La cuestión que fuimos hacia un lugar al que yo no había ido nunca. Caminamos. Salimos a eso de las tres de la tarde, tres y pico. Estaba nublado, acá suele estar nublado... Sí, así como hoy, estaba. Después de un trecho, nos internamos en una zona donde había muchos árboles, muy altos y flacos y sin muchas ramas, como si fuesen puro tronco, no sé nada de árboles así que no me pregunten de qué especie serían, pero eran así. Y el piso era blando, se hundía cuando uno pisaba. Mi papá me dijo que era por la hojarasca, me acuerdo que tuvo que explicarme, porque era la primera vez que yo escuchaba esa palabra, 'hojarasca', yo me sorprendí por el hecho de que las hojas secas pasaran a ser parte del suelo. Cruzamos toda esa zona, y cuando terminaba había un arroyo. Estaba crecido, no mucho pero no alcanzábamos a cruzarlo de un salto. Mi papá agarró un tronco que había a un costado, caído, no era muy grande, pero él no tenía mucha fuerza y apenas pudo empujarlo, y cayó y la punta quedó hundida en mitad del arroyo. O sea que no quedó como un puente sino, digamos, como un muelle, o como una escollera. Bueno, mi papá me alzó y cruzamos.



Hicimos un trecho más del otro lado y llegamos a un cerco de alambre de púas, eran tres tiras de alambre, como un ring de boxeo. Mi papá pisó la de abajo y levantó la del medio y yo pasé por el hueco, y después él, con mucho cuidado, pasó entre la del medio y la de arriba. Seguimos caminando y ahí fue peor, porque ya no había casi árboles pero estaba lleno de arbustos, y los arbustos tenían espinas, y no había camino, entonces mi papá iba adelante tratando de buscar espacio, y yo atrás. Tuvimos que dar un montón de vueltas, porque había que ver por dónde se podía pasar. Y mi papá terminó todo raspado, las manos, los antebrazos. Ahí empezó a haber alguaciles, vieron esos bichos que anuncian la lluvia, libélulas creo que es el nombre que tienen. Pero muchos, lleno estaba de esos bichos.

«Seguimos. Después de un montón de andar caminando, no sé cuánto, mi papá se frenó. Miró alrededor, para todos lados. Estaba perdido. Desorientado, al menos. Eso lo pensé después, mucho después, porque todavía en esa época para mí era imposible que mi papá estuviera perdido o sin saber qué hacer. Entonces me agarró de debajo de los brazos, me sentó encima de sus hombros y me dijo que mirara bien, que le dijera si veía algún claro, algún lugar donde no hubiera arbustos con pinches. Me hizo dar unas vueltas, yo miré para todos lados, y entonces le señalé un lugar y le dije: 'allá'. En el recuerdo se me mezclan las cosas, porque no estoy seguro de sí, cuando lo vi, supe qué era lo que había visto. Pero sí que le señalé, muy seguro, un lugar, y hacia ese lugar fuimos. Al rato llegamos, y ¿qué había, perdido en el medio de la nada, o mejor dicho en medio de esos arbustos insoportables? Un horno de barro. Un horno gigante, no sé si vieron un horno de barro alguna vez, pero éste seguro que es más grande que cualquiera que hayan visto. Ya falta poco, me dijo entonces mi papá. Resulta que ese horno, me contó después, era de una casa que había estado por esa zona, un rancho donde vivía una familia, hace mucho, no sé, en el tiempo de Rosas, decía mi papá, pero capaz que exageraba. La casa estaba ahí al lado del horno. Vivían criollos, o hijos de criollos, un matrimonio y sus cuatro hijos, dos varones y dos mujeres. Y dice que cada tanto llegaban



los indios y les robaban las vacas y los caballos y cualquier otro bicho que podían. Una vez los vieron venir, y se escondieron. Habían conseguido un rifle, y cuando los indios llegaron, les tiraron y mataron a uno. Los otros indios se escaparon. Resulta que el indio al que habían matado era hijo de un cacique, o algo así, y después el hombre que le disparó se enteró de que los indios estaban preparando una venganza. Pero no hizo mucho caso. Una noche, los indios atacaron por sorpresa, al tipo lo mataron, después mataron a los dos hijos varones, mataron también a la esposa, y a las dos hijas mujeres se las llevaron, vieron cómo se las llevaban, cautivas. Y se dice que tiempo después, no se supo bien por qué, los indios vinieron y destruyeron la casa, tiraron abajo todo, menos el horno de barro. Algunos decían que era porque lo siguieron usando durante mucho tiempo. Después, bueno, a los indios los mataron a todos, y esto quedó abandonado y se llenó de estos pinches, me dijo mi papá.

«Pero el horno quedó ahí, y se ve que es la referencia que él tenía, porque de ahí caminamos derecho y enseguida se acabaron los arbustos y salimos a un claro, un espacio de pasto, como una cancha de fútbol. Al final, luego del césped, había un monte de árboles. Del otro lado está la cabañita, me dijo mi papá. Caminamos ese trecho, volvimos a pasar todos los árboles, que en esa parte parecían estar más cerca unos de otros, y ahí estaba: la cabañita, muy parecida a la otra, más arruinada, pero con ese mismo aire familiar que yo me imaginaba que tendría. Estaba sin llave ni tranca. Entramos.

«En la primera sala, lo primero que uno veía cuando entraba, era un cartel con letras de colores, con filetes, como esas inscripciones que había antes en los carros, que decía: *Bienvenidos a Otros Cuentos*. La recorrimos y no tenía nada del otro mundo, pero bueno, a mí me pareció tan linda como ésta, como Támesis. Estuvimos un rato, un rato largo, hasta que, como ya empezaba a oscurecer, mi papá me dijo que nos íbamos. Pero antes, mirá, me dijo, y me señaló con el dedo un estante que estaba arriba, muy cerca del techo, al lado del cartel de bienvenida. Sobre el estante, que era del mismo color de la pared de madera, había una caja, también de madera y del mismo color. Me dijo:



«—Ves, ahí, en esa cajita, hay una cosa muy importante, una cosa que era del abuelo Arturo. El abuelo me habló una vez de la caja y me dijo que dentro de ella había algo muy importante, pero que yo solamente iba a poder verlo cuando él no estuviera. Yo nunca supe qué había ni dónde estaba la caja, porque él nunca me lo quiso decir, y recién cuando él estaba muy mal, muy enfermo, viejito, en su cama, me dijo: la caja está en Otros Cuentos. Yo tuve que pensar primero de qué me hablaba, porque casi lo había olvidado, hasta que lo recordé. Y yo vine recién después que él murió, y ahí la vi. Y ahí la dejé, y ahí va a quedar hasta que yo ya no esté y vos puedas verla.

«Eso fue lo que me dijo mi papá. ¿Estamos de acuerdo?, me preguntó. Le dije que sí con la cabeza. Yo en ese momento era chiquito, no podía tener conciencia de lo que él me estaba diciendo. Supongo que intuyó que nunca más iba a tener la oportunidad de decírmelo. Y bueno, nos fuimos, volvimos por el mismo camino, entre las espinas de los arbustos, pasamos otra vez por el horno de barro, salimos al bosque del piso blando y cuando ya estaba oscuro, llegamos acá, a Tamesis. Si hubiera sido por mí, me habría perdido, porque casi ni se veía, pero lo seguí a mi papá y llegamos bien. De ahí, volvimos a mi casa. Y no pensé mucho más en el asunto, porque ya les digo, yo era chico para algo así. Con el tiempo supuse que ese secreto de los hombres de la familia influyó en la separación de mis padres, pero ni mi mamá ni mi papá quisieron decir nunca nada al respecto. Cuando crecí y me hice adolescente, por una cosa de rebeldía, cuando todos mis compañeros del secundario venían al Parque Pereyra, el día de la primavera, yo me iba para otro lado, no quería venir acá. Hasta que después, bastante después, me acordé de la caja. Como con mi papá, para esa época, me llevaba cada vez peor, dije bueno, yo la busco y me fijo a ver qué hay. Y así fue que incontables veces me lancé a la búsqueda de Otros Cuentos.

«Pero nunca pude llegar. Nunca más pude encontrar el camino. Me perdí siempre, todas las veces, no sé cuántas, diez, veinte, cincuenta veces vine. Llegaba al bosque de hojarasca, a los arbustos con espinas, pero nunca al horno de barro. Esa era la clave: si



encontraba el horno de barro, llegaría a la cabaña. Pero no pude. Como no le quería preguntar a mi papá, fue pasando el tiempo, y entre la bronca por no encontrarla y la rebeldía que se hizo más grande todavía, no la busqué más. Lo que pasó después, ya lo saben: mi papá murió, yo me fui a vivir al sur tratando de olvidarme de un montón de cosas, y volví hace dos años. No sólo no me olvidé de nada, sino que ahora tengo más recuerdos todavía. En fin, creo que maduré un poco. Me arrepiento de muchas cosas, y necesito encontrar esa caja. Desde que volví, estuve buscando de nuevo la cabañita, y fracasé otra vez. Volví a internarme entre los arbustos de espinas, pero el horno de barro no está. O mejor dicho, está pero no lo encuentro.

Federico quiso saber qué le garantizaba que el horno todavía estuviera.

—Hace dos meses, yo había perdido casi toda esperanza de encontrarla, estaba acá, y de repente apareció una chica, una turista norteamericana. Estaba haciendo una especie de turismo de aventura, algo así me explicó en su media lengua, porque hablaba muy poco español, y yo no hablo nada de inglés. Aunque viva en Támesis —se rió—. Y en ese rato que estuvo acá, descansando, me contó que ya se volvía, se le acababan las vacaciones, creo que me dijo que trabajaba en una empresa que creaba programas para computadoras, y se iba sin haber podido encontrar el lugar que buscaba. Le pregunté qué lugar era. Me habló del horno de barro. Se podrán imaginar la sorpresa. Le pregunté cómo sabía de la existencia de un horno de barro, y me explicó que al llegar a Buenos Aires se había encontrado por casualidad con otra chica, también norteamericana, que ese día dejaba el lugar donde se alojaba ella. Y le contó que estuvo en un horno de barro con mucha historia, según dijo, donde había inscripciones indígenas y que, ella había escuchado, conducía a lugares raros, una especie de ciudad aborigen perdida. Le habló de los arbustos, de los arroyos, le describió todo. La chica que habló conmigo me dijo que quería conocer ese lugar *wonderful*, esa ciudad perdida, y que no había podido y se volvía derrotada. Yo le dije que me parecía que no había ninguna ciudad indígena por aquí, pero no dije nada acerca del horno. Pero pensé: todavía está. Existe. En ese momen-



to se me ocurrió todo esto. Dije: voy a aprovechar todo esto, todo lo que hay en Támesis, y el día de la primavera, que va a estar lleno de gente, voy a hacer una fiesta y, como parte de la fiesta, organizar una búsqueda del tesoro con un premio muy grande como incentivo. Me imaginé, qué sé yo, decenas, cientos de personas buscando el horno de barro. Alguno lo iba a tener que encontrar. Pero bueno, acá estamos, no vino nadie: solamente ustedes. Y por eso les conté toda la historia, porque si no iban a decir: qué gana este tipo dándonos tanto premio, si jugamos nosotros solos. Bueno, gano encontrar el horno de barro. Y Otros Cuentos. Reencontrar, bah. Por eso se la conté. Por eso, y un poco también porque tenía ganas de contársela. Supongo que es interesante. En resumen: quiero que busquen el horno de barro. Si lo encuentran, todo el premio es para ustedes.

Entonces fue cuando uno de los muchachos preguntó cuál era el premio, y Claudio le respondió una cifra que era mucha plata. Los cuatro se quedaron pálidos, pasmados, con la boca abierta.



8

—Yo digo que nos volvamos a casa, tranquilos, y nos olvidemos de todo esto —dijo Daniel.

—Es mucha guita —dijo Federico, pensativo, mirando los árboles. Habían salido, y discutían el asunto bajo el cielo gris.

—No puede ser verdad —dijo Ramiro—, es una locura del tipo.

—Yo sé que no suena muy creíble —dijo Federico—, pero ¿y si es verdad? No perdemos nada probando...

—No deja de ser peligroso —opinó Santiago.

—Chicos, sean un poco sensatos —pidió Ramiro—. Si el tipo está dispuesto a pagarnos esa guita, ¿por qué no contrata gente entrenada, o no sé, un helicóptero? Mirá que va a esperar que vengamos nosotros...

—Ahí viene Mirna —vio Santiago.

La chica había salido de la cabaña y se acercaba al lugar donde estaban ellos. Sonreía. Al llegar, dijo que Claudio le había pedido que les preguntara si ya habían tomado una decisión.

—No —dijo Ramiro.

—¿No van?

—No, que todavía no decidimos.



Santiago le preguntó:

—¿Podemos confiar en vos?

—Sí, claro.

—¿Por qué nos promete tanta plata? ¿Por qué, si quiere encontrar ese lugar, no contrata gente especializada, un helicóptero, algo así?

—Um... No sé si le alcanza con eso para un helicóptero... Bueno, yo les voy a decir algo, pero no digan que yo se lo dije. ¿Está bien?

Los cuatro dijeron que sí, en voz baja.

—Prométanme que no van a decir nada.

—Sí, lo prometemos —dijo Santiago, y buscó con la mirada la aprobación de sus amigos. Ellos asintieron con la cabeza.

—Bueno, les cuento. Claudio, en realidad, está muy mal de plata. No me miren así, ya sé que acaba de ofrecerles todo eso, y que hoy les dije que le había ido muy bien... Y es verdad: le *fue* muy bien. Tuvo éxito, hizo mucha plata. Pero después le empezó a ir mal. Hizo malas inversiones, pidió prestado para pagar deudas, los negocios que le habían salido bien se le dieron vuelta, y de última, para terminar de arruinar todo, se endeudó en el juego. Pensó que el póker podía devolverle lo que había perdido invirtiendo mal. Y, obviamente, le fue peor. No se volvió de El Bolsón por gusto, porque tuviera ganas, sino que ya lo habían amenazado de muerte, si no pagaba sus deudas. Vendió a las apuradas la casa que tenía allá, se subió al primer avión y se vino a esconder acá. Arregló la cabaña, quería empezar otra vida, creyó que no lo iban a encontrar nunca. Gastó casi toda la plata que le quedaba en esto. Y ahora parece que lo encontraron.

—¿Quiénes?

—Los tipos que lo buscan. Lo siguieron desde allá, y ahora lo encontraron. Quieren cobrarle.

—¿Pero cómo...? —dijo Daniel.

—¿Cómo qué?



—¿Cómo lo encontraron?

—No sé cómo, pero vieron cómo son esas cosas, es como en las películas, siempre te encuentran. Tampoco sé cómo lo sabe Claudio, pero él dice que cualquier día de estos va a llegar un tipo y le va a pegar un tiro. Él dice que está cansado, que no quiere seguir escapándose, que ya no quiere saber nada de nada. Pero lo que quiere saber es qué hay en esa cajita que su papá le mostró cuando era chico. Y por eso no le importa dar toda esa plata que les ofrece: dice que prefiere dársela a unos muchachos para que se la gasten, y no a esos mafiosos que lo andan buscando. Es por eso.

Se quedaron todos en silencio. Se escuchaba solamente el ruido de los pájaros y de las ramas de los árboles movidas por el viento.

Daniel habló:

—Perdoname, ¿no? —dijo primero a Mirna, y luego a sus amigos—: ¿Por qué tenemos que creerle? Viene de adentro. ¿Por qué no pensar que arregló todo con el tipo?

—No podés ser tan desconfiado.

—Sí puedo, por qué no.

—Está bien —dijo Mirna—, tiene razón en desconfiar. La verdad es que Claudio no me dijo nada, ni siquiera me pidió que les viniera a preguntar. Yo vine porque quise, porque sabía que en una de esas sospechaban algo raro... pensé que si les contaba la historia iba a ser más claro para ustedes... Al final, parece que me salió al revés.

—Yo digo que vayamos —dijo Federico.

—Yo digo que no —dijo Daniel.

—Yo no sé —dijo Santiago.

—Tiremos una moneda —dijo Ramiro.

—Yo ya perdí una moneda por estas pelotudeces —dijo Daniel.

—¿Es ésta? —dijo Mirna, sacando del bolsillo la plateada moneda de 25 centavos que se habían olvidado de buscar—. La encontré en el sótano, recién.

—Sí —dijo Daniel, casi decepcionado—, es ésta.



Cara, iban en busca de la otra cabaña. Ceca, volvían a casa.

La moneda cayó sobre el pasto: hacia arriba, orgullosa, la imagen del cercenado Cabildo de Buenos Aires.



9

Mirna se ofreció a acompañarlos en la búsqueda y nadie se negó. Partieron los cinco. Los cuatro chicos llevaban sus mochilas colgadas de las espaldas, y Mirna, una especie de morral de lana. Tomaron inicialmente la dirección que les habían indicado y pronto se internaron en el bosque de árboles altísimos y caminaron sobre la misma hojarasca que, muchos años atrás, había fascinado a Claudio. Así anduvieron un rato, mucho más de lo que habían imaginado para ese primer trecho. Era una sorpresa para ellos que un bosque pudiera repetirse a sí mismo de forma tan monótona.

Luego de caminar larguísima minutos en silencio, un poco cautivados por el paisaje, Santiago le preguntó a Mirna si hacía mucho tiempo que ella trabajaba allí.

—No, no mucho —respondió ella—. Unos meses.

—¿Pero qué hacés? Porque si es así, que nunca viene nadie...

—Bueno, es que en realidad viene gente. Claudio suele hacer reuniones. Un amigo suyo había formado un grupo de gente que se reunía y conversaban de filosofía o algo así. Eran todos hombres, más o menos diez, y se reunían una vez al mes.

—¿Claudio participaba también?

—A veces, solamente. El grupo era de su amigo y los otros tipos.

—¿Todos hombres?



—Sí, todos. No querían integrar mujeres, no sé bien por qué. Yo les daba una mano para preparar el lugar, y nada más. Allá está el arroyo, miren.

Todos miraron y lo vieron. Al alcanzarlo, sintieron una especie de alivio. La primera etapa del camino estaba concluida.

El arroyo era un hilo de agua muy angosto. Pudieron cruzarlo todos de un salto, y poco más adelante llegaron al alambrado. Uno a uno fueron pasando al otro lado.

—Yo hago una pregunta —dijo Ramiro—: si acá hay un tejido, ¿no se supone que estamos entrando a terreno privado?

—*Se supone* —dijo Mirna—. Pero nunca se ve a nadie por acá. Hay muchos terrenos privados y olvidados acá en el parque.

Como lo esperaban, pocos metros más adelante la vegetación comenzaba a intercalar árboles con arbustos espinosos. Éstos eran mucho más grandes de lo que ellos esperaban: tenían por lo menos dos metros de altura, y además estaban muy cerca unos de otros, y era muy difícil hallar huecos por donde pasar. A poco de andar entre ellos, se vieron detenidos por una suerte de muro de arbustos. Mientras pensaban cómo ingresar en ese laberinto, escucharon los primeros ladridos.

—No había visto que Claudio tuviera perros —dijo Federico.

—Claudio no tiene perros —dijo Mirna.

No había pasado un segundo cuando los ladridos se escucharon más fuerte, y ellos notaron que eran casi gruñidos, y que sonaban rabiosos y feroces, y provenían de, por lo menos, tres o cuatro animales.

—Se están acercando —dijo Ramiro, con cara de susto.

—Volvamos —dijo Daniel.

Todos miraban alrededor, porque no era claro desde dónde venían los ladridos.

—Qué vamos a volver —dijo Santiago—, sigamos y en todo caso nos escondemos por ahí...



—¿Dónde, boludo, nos vamos a esconder? —dijo Ramiro, señalando el bosque de pinchos que los rodeaba. Pero antes de que pudieran decir nada más, escucharon un ladrido muy cerca, como si lo tuvieran al lado, al otro lado de cualquier arbusto. Se alarmaron. Mirna tomó de la mano a Santiago y salió corriendo hacia un hueco y él detrás de ella, tironeado por ella, y se escabulleron por entre los arbustos. Los otros tres muchachos corrieron hacia otro lado, y se metieron en otro hueco que encontraron unos metros más allá. Los ladridos siguieron acercándose. Mirna y Santiago siguieron corriendo, raspándose los brazos y las manos con las espinas, pero sin dejar de avanzar. Corrían sin mirar atrás, hasta que de pronto dejaron de sentir que los ladridos se acercaban: ahora era como si los perros avanzaran en otra dirección. Pararon al rato, junto a uno de los escasos árboles que había en la zona, se sentaron en el piso, apoyaron las espaldas en el tronco. Trataron de recuperar el aliento. Los ladridos se habían disuelto en la lejanía.

—¿Adónde habrán ido los chicos? —dijo Santiago, todavía muy agitado.

—Habrán corrido igual que nosotros —dijo Mirna, que ya parecía repuesta.

—Tenemos que volver a buscarlos.

—Sí, pero esperemos un poco acá.

Cuando pudo respirar un poco más normalmente, Santiago se dio cuenta de que se había quedado solo con Mirna, que ella lo había tomado de la mano —a él y a nadie más— para que escaparan juntos. Y ahora estaban ahí, sentados contra ese tronco.

—¿Por qué me agarraste?

—Para salir corriendo. ¿Qué, te lastimé?

—No, no. Digo que por qué a mí... solamente.

—Porque vos estabas al lado mío, y cuando miré a los demás ya habían salido corriendo también.

Mirna no pareció molestarse en lo más mínimo por la pregunta, como Santiago había temido. Era como si él le hubiera preguntado por qué los objetos dan sombra cuando



están al sol. En todo caso, no tenía forma de comprobar si ella decía la verdad, porque no había visto si los demás habían corrido o no.

—¿Les habrá pasado algo? —preguntó.

—No... Si nosotros pudimos escaparnos, seguro que ellos también. Lo que no sé es de dónde habrán salido esos perros...

—Vamos a buscar a los chicos, ¿quierés?

Se levantaron y comenzaron a caminar, tratando de desandar el camino que habían seguido en la huida. Enseguida se dieron cuenta de que les iba a ser muy difícil, porque las espinas habían dejado marcas en sus brazos, pero ellos casi no habían dejado huellas entre los arbustos. Llegaron a un punto donde el camino se abría: tenían dos opciones para continuar.

—Creo que vinimos por acá —señaló él.

—Para mí vinimos por este otro lado —dijo ella.

Santiago se mostró un poco más convencido y fueron por donde él decía. Caminaron largos minutos en silencio, procurando no hacer ni el menor ruido. Habían pensado en llamar a los gritos a los otros chicos, pero eso hubiera significado que los perros volvieran a seguirles la pista.

Luego de unos minutos de marcha, advirtieron que estaban desorientados.

—Che, no era éste el camino —dijo Santiago. Se detuvo.

—Viste —dijo ella. Era un reproche, pero no terminó de sonar como un reproche.

—¿Qué hacemos?

La chica pensó antes de responder.

—Mirá: tenemos dos opciones. O tratamos de volver a Támesis, o tratamos de llegar a Otros Cuentos.

—Bueno: en ninguno de los dos casos sé para dónde tenemos que agarrar.

—Yo tampoco.

—O sea que estamos perdidos —dijo Santiago—. Bárbaro.



—Yo me ubicaba mientras volvíamos por el camino correcto. Cuando nos desviamos, me confundí. Mirá alrededor: es todo igual para todas partes.

—Hacé una cosa. Pensá que si hubiéramos ido por donde vos dijiste, habríamos ido para allá. Más o menos calculá dónde estamos y en qué dirección tendríamos que ir.

—Sí, más o menos te puedo decir que Támesis queda para allá —estiró su dedo índice en una dirección— y que Otros Cuentos, para allá —señaló la opuesta.

—Vamos, entonces —dijo Santiago, y comenzaron a caminar en la dirección en que estaba, supuestamente, Otros Cuentos.



10

De pronto, los ladridos estuvieron justo frente a ellos.

—¡Rajá, boludo! —dijo Ramiro. Fue lo más parecido a un grito que se puede efectuar cuando se susurra. Se dieron vuelta y corrieron entre los arbustos, lastimándose más brutalmente que antes entre las espinas, y de repente quedaron frente a un árbol. No era frondoso ni muy alto, pero tenía unas ramas que nacían a solo un metro del suelo, y eso les permitió trepar de un salto a Federico y Ramiro. Daniel, en cambio, no pudo hacerlo, y luego del salto inicial quedó colgado a mitad de camino, haciendo fuerza, sin saber cómo alcanzar la siguiente rama ni cómo soltarse sin caer a tierra y golpearse y raspase demasiado. Los otros dos lo tironearon desde arriba. Lo subieron. Daniel emitió un pequeño chillido, pero cuando Federico lo tuvo a su alcance, le tapó la boca con la mano. Se quedaron inmóviles allí.

Instantes después vieron aparecer tres perros. Eran negros y enormes y muy ágiles, y ladraban con la fiereza que se escuchaba de lejos y, cuando no ladraban, seguían haciendo alarde de sus dentaduras poderosas y sus encías brillantes de saliva. Detrás de los perros caminaba, con paso firme y un poco agazapado, un hombre con aspecto de cazador. En realidad, con aspecto de cazador de dibujos animados. Llevaba una carabina y botas altas y ropa verde y un sombrero extraño. No levantaba la vista, era como si buscara la aparición de un animal pequeño, algo así como un conejo o una liebre o un cuis. Por eso ni siquiera aproximó su mirada a la copa del árbol. Los perros tampoco miraron hacia arriba. Pasaron. Poco después desaparecieron entre los arbustos.



Pasaron varios minutos hasta que uno de los muchachos volvió a ejecutar un movimiento: Federico sacó su mano de la boca de Daniel.

—Qué cagazo —dijo Ramiro.

—Qué aparato, el tipo —dijo Daniel—, dónde se cree que está, qué va a cazar acá.

—No sé —dijo Federico—, pero mirá si nos veía más o menos y tiraba al bulto.

—Che, ¿y Santiago? —preguntó Ramiro.

—Salió corriendo con la minita —dijo Daniel.

—Boludo para escaparse —dijo Federico.

—¿Estará bien? —dijo Daniel, preocupado.

—Andá a saber —dijo Federico—. Pero no podemos llamarlo a los gritos. Aparte, no se va a perder, porque está con la chica. Los que podemos perdernos somos nosotros.

Ramiro subió un poco más en la rama que ocupaba, para tratar de encontrar con la mirada algo que se asemejase a un horno de barro.

—No se ve nada más que los arbustos —dijo.

—Y bueno, boludo, sigamos —dijo Federico—. Tenemos que ir para aquel lado.

—¿Estás seguro? Para mí, era para allá —dijo Daniel.

—Bueno, es más o menos lo mismo —dijo Ramiro—. Vamos.

Bajaron del árbol, intentando no hacer mucho ruido, y caminaron. Se internaron en el sector más espeso del bosque de arbustos. Como lo habían sospechado, aquello era un verdadero laberinto. Los pocos claros que había entre arbusto y arbusto eran como celdas, y cada celda se comunicaba con otra a través de pequeños huecos o túneles entre las espigas, e incluso había celdas que no parecían comunicarse con ninguna otra, y para avanzar había que apelar al ingenio o, directamente, arrastrarse. De ese modo, era muy difícil seguir el camino que querían: debían adaptarse a las posibilidades que les brindaba el terreno. A cada momento estaban desviándose y luego tratando de retomar el camino original.

Poco después, los tres estaban sucios, exhaustos y perdidos. Sin embargo, seguían andando, como si ninguno de ellos quisiera reconocerlo.

Daniel comenzó a hablar.



—Estos arbustos creo que son los que se llaman «garabatos» —dijo.

—Mirá qué bien —respondió Federico, cortante.

—El pueblo donde vive mi abuela está lleno de estos arbustos, y por eso se llama así: Garabato. Porque en realidad se llamaba Villa Anello, ése era el nombre que tenía la estación, creo. Se pronuncia *Anelo* pero se escribe con doble ele, *Anello* —pronunció la *elle*—. Pero todos le llamaron siempre Garabato, y ahora ése es el nombre que tiene. Y el tren ya no anda más.

Los otros dos no decían nada.

—Es en Santa Fe, en el norte, llegando al Chaco, casi. Para ir en colectivo tenés el micro que sale de Retiro hasta Vera, que es la ciudad importante que tiene cerca. Cerca, bah, es un decir, son como sesenta kilómetros. Ahí bajás y tenés que tomarte un colectivo que sale de ahí, uno de los chiquitos, con trompa, que ya casi no hay más. Sale uno a la mañana y uno a la tarde. Cuando fui con mi viejo hace unos años, perdimos el de la mañana y tuvimos que esperar como seis horas el siguiente.

Era como si hablara solo, porque los otros dos no respondían nada ni hacían ningún gesto que evidenciara que lo estaban escuchando.

—¡Y la tierra que levanta! No se dan una idea. Los que viajan ahí se conocen todos, se ve que hacen ese recorrido siempre. A nosotros nos miraban medio raro, medio de reojo, aunque no tanto porque seguramente hay visitas que cada tanto van y toman ese micro. Después, obviamente, todos sabían que habíamos llegado. En el pueblo, al menos, en Garabato, todos sabían. Los porteños, éramos. Viste cómo es, cuando estamos acá somos los negritos de provincia, pajueranos, los porteños son los de Capital. Y cuando vas al interior, sos porteño. La cuestión, que te desprecian en todos lados. ¿Les pasó a ustedes?

En los largos segundos que siguieron, sólo se oyeron las pisadas y las espigas de los arbustos que les lastimaban los cuerpos.

—Che, les hice una pregunta, respondenme por lo menos.

Ramiro le gritó:

—¡Daniel, nos importa un carajo lo que estás diciendo! ¡Cortala, querés, que nos ponés más nerviosos!



—¿Y qué te creés, que yo no estoy nervioso? ¿Por qué te pensás que hablo?

—No sé, Dani, no sabemos por qué hablás —dijo Federico, conciliador—, pero a nosotros nos va a ayudar si no decís nada, si vamos en silencio. ¿Puede ser?

Daniel no respondió nada. La tarde iba cayendo y el gris del cielo se opacaba. Se empezaba a hacer presente, material, el miedo de que la noche los agarrara en medio de ese bosque inhospitalario. Anduvieron así un lapso muy largo, que ninguno de ellos hubiera sido capaz de precisar. Luego llegaron a un lugar donde la tierra estaba húmeda y la humedad parecía más densa. Ramiro señaló el piso.

—¿Esto es una huella o me parece a mí? —mostró.

—Parece una huella —dijo Daniel—. Una pisada.

—Y parece fresca —dijo Federico.

El hueco de lo que ellos veían como una huella estaba cubierto por pasto aplastado, lo cual no permitía ver detalles del relieve o del dibujo del calzado. Además parecía sólo un talón, de modo que tampoco podía apreciarse el tamaño del pie.

—¿De quién será? —se preguntó Federico en voz alta.

—¿Va o viene? —inquirió Ramiro.

Daniel se apartó unos metros. Los otros dos siguieron observando la huella.

—Pareciera que viene de allá... —dijo Federico.

—¿Será del tipo, del cazador?

—Qué sé yo. Encima no hay ninguna otra marca.

—El único que anduvo por acá fue el cazador.

—Bueno, podría ser de Santiago o de Mirna.

—Pero ellos se fueron para allá...

—Qué sabés para dónde fueron. Los perdimos, se separaron de nosotros, pero no sabemos adónde fueron. Te digo más, nosotros no sabemos para qué lado fuimos. Capaz que esta huella es de alguno de nosotros tres.

—¿Qué decís? ¿Cómo va a ser de nosotros...?



—Y, mirá si estamos caminando en círculos... Yo estoy... desorientado. No tengo la más puta idea de dónde estamos.

Se quedaron en silencio, inmóviles, con los ojos fijos en la nada. Hasta que escucharon un sollozo, un llanto reprimido, que venía de detrás de ellos. Se dieron vuelta y no vieron nada. Tuvieron que buscar a Daniel entre unos arbustos, sentado en el suelo.

—Dani... —dijo Ramiro. Se agachó junto a él y le puso la mano en la espalda.

—Tengo miedo, boludo —dijo Daniel, ahora soltando el llanto—, tengo miedo... Ya está oscureciendo y se va a hacer de noche y vamos a estar acá...

—Pero, boludo, no nos va a pasar nada.

—¡Qué no, qué no! ¡Andá a saber los bichos que hay por acá, o qué puede pasar! Además mi vieja se va a asustar, se va a poner a llamar a todos lados...

—Eso es verdad —dijo Federico—. Si no llegamos a una cierta hora, vamos a asustar a todo el mundo.

—Y todo por esa moneda de mierda, ¡yo les dije, boludo, yo les dije que nos fuéramos al carajo! Culpa del pajero de Santiago...

—Bueno —ahora Ramiro le pasaba la mano por la cabeza a Daniel—, por ahí no tan pajero, en una de éstas ahora se la está garchando...

—¡Qué va a garchar ese pelotudo! ¡Qué mierda se la va a garchar ese pelotudo!

—Bueno, basta, che —dijo Federico—. En todo caso, lo que tenemos que ver ahora es cómo volvemos. Yo, como decía recién, no tengo la más puta idea.

—A mí me da la impresión de que el sol se está poniendo por allá —dijo Ramiro.

—¿Cómo sabés, si está nublado?

—No sé, Fede, no sé, es una impresión.

—Igual no nos sirve para un carajo —dijo Daniel, ya más calmado—. Por más que sepamos que para allá es el oeste, ¿para qué lado vamos?



—Tiene razón —dijo Federico—. Yo propongo que caminemos en *una* dirección, o sea, que pase lo que pase no nos desviemos. Que sigamos derecho. A algún lado vamos a tener que salir. Y nos volvemos. El horno de barro y el tesoro se van a la mierda.

—¿Y con Santiago qué hacemos? —le preguntó Ramiro.

—No nos preocupemos. Él está con la mina, debe estar mejor que nosotros.

La conversación los revitalizó. Comenzaron a andar. Fue como si los tres, sin decir nada, se hubieran puesto de acuerdo en la dirección a seguir, y en caminar en silencio.

Oscureció casi de golpe, como si alguien hubiese apagado el día apretando un botón.

Minutos u horas después, se toparon con un alambrado. Como apenas se guiaban con la luz de la luna, lo vieron cuando lo tenían a un metro.

—¡El tejido! —gritó Ramiro.

—¡Sí! —gritaron los otros dos, y saltaron de alegría y se abrazaron—. ¡Llegamos, boludo, llegamos!

Y sin dejar de celebrar, cruzaron el cerco. Pero cuando estuvieron del otro lado se callaron de repente, al escuchar a lo lejos nuevos ladridos.

—Otra vez...

—Será posible, la puta que lo parió.

—Che, éste no es el alambrado que cruzamos hoy —dijo Daniel—. El de hoy tenía tres alambres y éste tiene cuatro. Además ahí adelante tendría que estar el arroyo, y no está.

Lo que sí era igual era que del otro lado había un bosque de árboles altos y flacos. Los ladridos lejanos persistían, y entre los troncos vieron encenderse los focos de un auto, y escucharon el ruido del motor, que alguien ponía en marcha. Luego las luces se movieron: se aproximaban a ellos. Estuvieron un rato como hipnotizados por las luces que se les acercaban, hasta que Ramiro gritó:

—¡Escondansé!

Y los tres se ocultaron, cada uno detrás de un árbol diferente.



11

—Ah, lo conozco, queda en el centro, frente a la estación —dijo Santiago.

—Claro —respondió Mirna—. Bueno, el tipo le puso *Bogavantes* al bar porque así se llamaba el grupo que habían formado, que se reunían acá.

Los dos avanzaban como podían, tratando de lastimarse lo menos que pudieran entre los arbustos.

—¿Es uno de bigotes...?

—No. Bah, no sé si ahora se habrá dejado bigotes, pero es uno colorado, gordo. Creo que se llama Saúl. Y es amigo de Claudio.

—Mirá vos. ¿Y es de ir al bar él?

—No, en una época iba... pero después tuvo que empezar a esconderse...

Santiago la miró fijo. Ella se dio cuenta y se detuvo. Santiago también se detuvo, y le preguntó:

—¿Es verdad toda la historia que nos contó?

—Más vale. ¿No le creíste?

Él no dijo nada: sólo hizo un gesto de duda.

—¿Qué hacés acá entonces?

—No sé... O sea, creo que si encontramos el lugar nos va a dar algo... pero todo lo demás nos sonaba muy fantasioso...



—¿Y para qué les mentaría?
—Sí, eso mismo pensaba yo, la verdad no sé para qué, pero viste que a la gente le gusta inventar esas historias de tesoros escondidos y secretos... Qué sé yo. Vos también sos muy rara.
—¿Yo soy rara? —sonrió ella.
—Y sí, nos decís que sos una empleada de un lugar donde nunca hay nadie, te hacés amiga de nosotros sin conocernos, nos acompañás, ahora andás perdida conmigo...
—Yo también quiero encontrar Otros Cuentos.
Mirna sonreía y miraba a Santiago a los ojos, y a él le pareció sincera, y sintió un torrente de palabras que le subían desde el estómago, y supo que eran palabras para decirle lo hermosa que era y que se derretía cuando la miraba y que, aunque los cuatro habían ido al Parque Pereyra para tratar de revivir o reconstruir lo que habían vivido el mismo día del año anterior, el único que lo estaba logrando era él.
Pero no dijo nada.
—Vamos —dijo ella.
Y siguieron andando bastante tiempo. Conservaban la orientación, o mejor dicho: Mirna conservaba la orientación. Santiago hacía sus esfuerzos, pero le habría bastado cerrar los ojos y dar una vuelta sobre sí mismo para considerarse extraviado. Empezaba a anochecer.
—Mirna.
—Qué.
—Decime la verdad. ¿Vos sabés dónde estamos?
—Estamos buscando el horno de barro.
—Sí, pero... ¿tenés idea de si estamos cerca, al menos?
—No —ella parecía muy tranquila—, pero tengo la sensación de que estamos cerca, de que lo vamos a encontrar y que falta poco.
—¿Y qué te hace pensar eso?



—Yo ya lo busqué varias veces... Nunca lo encontré, pero conozco bastante el lugar... y para mí que...

Se quedó callada.

—¿Qué? —dijo Santiago. Pero Mirna se había quedado quieta, mirando fijo un punto delante de ella, y él buscó con la mirada para ver qué veía, y vio que allí estaba: el horno de barro. Lo habían encontrado.

Era mucho más grande de lo que él esperaba. Tenía por lo menos dos metros y medio de alto y la boca era del tamaño de una puerta.

—Lo encontramos —dijo él, azorado.

—El horno de barro —pronunció Mirna lentamente, como si fuera necesario decirlo en voz alta para terminar de crearlo, y luego gritó—: ¡El horno de barro! —y abrazó con fuerza a Santiago. Él sintió por un segundo los senos de ella apretándose contra su cuerpo; luego ella lo tomó de la mano otra vez y fueron corriendo hasta el artefacto. Cuando llegaron, Santiago volvió a asombrarse del tamaño. Los dos tuvieron la sensación de estar ante un templo abandonado entre arbustos y pastizales. Dieron una vuelta para contemplarlo. En la parte posterior había unas inscripciones, unos dibujitos que eran como pinturas rupestres. No se detuvieron a buscarles significados. Santiago se asomó a la puerta del horno y apreció la terminación perfecta que tenía por dentro: tocó con las yemas de los dedos la lisura de las paredes. Mirna se había alejado un poco. Dijo:

—Algunos dicen que algunas noches se ven por acá a los fantasmas de la familia.

Santiago retiró rápidamente la cabeza del horno.

—No me digas que creés en esas cosas.

—No creo ni descreo. Yo nunca los vi, pero hay un montón de cosas que yo nunca vi y sin embargo existen.

—Estamos cerca —dijo Santiago, como si de golpe hubiera recordado el objetivo final que llevaban—. Vamos. Supuestamente ahora tenemos que salir al descampado...

—La pradera.



—¿Así lo llaman?

—Sí, para allá. Y ahí, del otro lado, tiene que estar Otros Cuentos.

Caminaron, nuevamente. Santiago había creído que ese último tramo del viaje sería muy breve. Por eso, cuando empezaron a pasar los metros y los minutos, cada paso se le hizo más pesado y cada minuto fue eterno. Junto con el horno habían dejado atrás al día: ahora la noche dominaba el parque. No había indicios de que los arbustos dejaran de repetirse en el paisaje. La luna llena atravesaba la escena.

—¿Faltará mucho? —preguntó Santiago al rato.

—No creo, yo pensaba que era más corto este tramo... —respondió ella—. ¿Querés que te cuente una historia para no aburrirnos? Es una leyenda de acá de la zona...

—A ver, contame.

—Le llaman «la leyenda del Laurencio enamorado». Dicen que en esta zona, antes, hace mucho, antes de que los españoles llegaran a América, acá no había hombres. Que había en los alrededores, pero no acá. Porque acá lo que había era un pájaro, un pájaro que se llamaba laurencio, que gobernaba la zona.

—¿Un pájaro gobernaba la zona?

—Sí, una especie de pájaro, no *un* pájaro. Es una leyenda.

—Está bien.

—Laurencio era el nombre de la especie. Así como hay gorriones y jilgueros, había laurencios. Y que el laurencio gobernaba con tanta presencia que había hecho un pacto con los hombres: ellos no se metían acá y los laurencios no invadían otras tierras. Y así vivían, los laurencios gobernaban, salían a buscar el alimento para las hembras y las crías, que se quedaban en el nido. ¿Te aburre?

—No, no, dale, contame.

—Resulta, entonces, que un laurencio se equivocó y, por soberbia, quiso conquistar otras tierras. Y salió y se enamoró de una mujer.

—Ajá.



—Es una leyenda, Santiago.

—Está bien, yo no dije nada —sonrió él.

—Entonces el laurencio enamorado empezó a visitar la casa de la mujer. Se posaba en un árbol cerca de donde ella estuviera y le cantaba y le cantaba. Y a la mujer le gustaba tanto el canto del pájaro que se quedaba escuchándolo, y dejaba de hacer sus cosas por escucharlo. No sé qué serían sus cosas, era una india, no sé que hacían las mujeres indias, pero bueno, dejaba sus cosas de lado. Y en su nido, la hembra y los pichones del laurencio enamorado se murieron de hambre, porque el laurencio no les había llevado comida y la hembra no sabía salir a buscarla. Entonces los otros laurencios pensaron que al desaparecerlo lo había atrapado un hombre, y se enfurecieron con los hombres por haber roto el pacto y armaron partidas de laurencios y se prepararon para la guerra. Pero los hombres también se habían enojado con los pájaros, porque uno de ellos había enamorado a una mujer y habían roto el pacto. Y también se armaron y fueron a buscarlos.

—Y hubo guerra.

—Y hubo guerra y ganaron los hombres, obviamente. Y mataron a casi todos los laurencios. Las hembras, para que no las mataran, tuvieron que disfrazarse, y desde ese momento no se diferencian de las hembras de otras especies. Y tuvieron que aprender a buscar ellas su comida, y para los pichones, y a convivir de igual a igual con todos los demás pájaros. A los machos los mataron a casi todos, aunque dicen que algunos sobrevivieron tomando forma de hombre.

Mirna detuvo su relato. Santiago no dijo nada. Luego ella prosiguió.

—Esto se lo contaron los indios a los criollos. Durante mucho tiempo se decía que, algunas noches, las mujeres escuchaban desde el monte la voz de algún hombre que cantaba, y que se enamoraba de esa voz y que no podía dejar de escucharla, y que algunas salían corriendo hacia el monte, desesperadas, a buscarlo, pero que supuestamente nunca lo encontraban. Hasta el día de hoy, en algunos pueblos, cuando un tipo le anda atrás a una mujer casada, se dice que la mujer tiene «un laurencio enamorado».



La noche era muy cerrada. Hacía mucho que habían dejado atrás el horno de barro. Santiago sentía que el cansancio lo abatía. Caminaba casi por inercia y sus esperanzas de hallar la otra cabaña se habían desdibujado.

—Es muy linda la historia —dijo.

—Viste.

—¿Y vos cómo la aprendiste?

—La escuché por ahí. Hay muchas historias de éstas.

Santiago se enganchó el pie con unas ramas enredadas en el suelo, y cayó. Quedó de rodillas en el suelo, en cuatro patas.

—¿Estás bien? —le preguntó Mirna.

—Estoy muy cansado.

Pero ella se acercó, le apoyó la mano en la espalda y con la otra mano señaló hacia adelante. Dijo:

—Mirá allá.

Y Santiago miró y vio, por entre las ramas, la claridad de la luna reflejada en una extensión de verde parejo, llano, una extensión que se divisaba apenas pero que no podía ser otra cosa que lo que ellos buscaban: la pradera.

—¡Llegamos! —exhaló. Se levantó y salió casi corriendo, y Mirna corrió detrás de él. Cuando llegó al claro y se sintió liberado del laberinto de arbustos y vio proyectada en el césped su sombra, esa sombra tan particular que sólo se proyecta con la luz de la luna llena, levantó los brazos y gritó «¡Sí! ¡Llegamos!», y se dio vuelta y vio a Mirna, y ella y su sonrisa le parecieron más hermosas que nunca. Ella caminó hacia él y, cuando estuvieron frente a frente, sacó de su morral un sobre de papel madera. No tenía ninguna inscripción, estaba cerrado y sellado.

—Tomá —dijo—. Esto te lo manda Claudio. Me dijo que se lo diera a ustedes si llegaban hasta acá.

Santiago la miró, sorprendido. Tomó el sobre y lo abrió.



12

Primero, los focos se acercaron en línea recta. Luego hicieron una curva, superaron la línea de los árboles, y después giraron en sentido inverso y pasaron por la calle de grava junto a ellos. Era una camioneta pick-up. Los tres se habían quedado tiosos detrás de los troncos, y luego de pasar frente a ellos, la camioneta se perdió en otra curva de la calle. Descubrieron entonces que los perros habían dejado de ladrar. Todo era silencio de nuevo. Los tres salieron de sus escondites y caminaron hasta la calle.

—Al final, somos unos pelotudos —dijo Federico—. Tendríamos que habernos hecho ver, si no estamos haciendo nada malo. Y el tipo por ahí hasta nos llevaba.

—Bueno, por lo menos sabemos que podemos seguir por esta calle, y a algún lado vamos a salir —dijo Ramiro.

—Che, y si vamos hasta esa casa —dijo Daniel—, a ver si nos prestan el teléfono, así avisamos...

—¡Daniel, basta, no seás maricón, la puta que te parió! —lo retó Ramiro—. No son ni las ocho.

Daniel se quedó en silencio un minuto. Después pidió disculpas y prometió calmarse. Comenzaron a caminar en la dirección en que había pasado la camioneta.

—Qué buen día de la primavera —dijo Federico luego de unos cuantos minutos.

—Bueno, no podemos decir que no tenemos cosas para contar —dijo Ramiro.



Lo único que se escuchaba eran sus voces y el ruido de sus pasos sobre el camino.
—Che, qué habrá pasado con Santiago... —dijo Daniel.
—Quedate tranquilo que debe estar bien —dijo Federico—. Ya nos va a contar... capaz que llegó...

—¿Adónde?

—A la otra cabaña.

—No, no creo...

—Y sí, Rami. ¿Por qué no?

—Qué sé yo, porque...

De pronto, los dos focos del frente de la camioneta volvieron a cobrar vida frente a ellos: habían doblado una curva y se les venían encima, de frente, a toda velocidad. Ramiro gritó algo, y él y Daniel se arrojaron hacia un costado del camino y Federico hacia el otro. El conductor de la camioneta clavó los frenos y el vehículo llegó arrastrándose hasta la línea donde hasta un segundo atrás habían estado ellos tres. El conductor de la pick-up bajó y cerró de un portazo.

—¿Están bien?

El hombre era gordo y pelado, y llevaba tiradores y una camisa a cuadros.

Ramiro y Daniel, que estaban del lado del que se había bajado el hombre, le dijeron que sí mientras se levantaban y se sacudían un poco la tierra.

—¿Pero de dónde mierda salieron ustedes?

—Estamos perdidos —dijo Federico desde el otro lado, levantándose con esfuerzo—. Hoy lo vimos, pero le hicimos gestos y usted no nos vio... y ahora no lo escuchamos venir.

—¿Y a dónde van?

—A Varela, tenemos que ir.

—Ah... Yo voy hasta el Cruce Varela. Si quieren los puedo arrimar.

—Uy, sí, por favor —dijo Ramiro.



—Bueno, suban. Yo tengo que volver porque me olvidé los documentos, pero los agarro y vamos. Venga uno adelante conmigo y los otros dos vayan atrás.

Daniel y Ramiro fueron atrás, y Federico, a la cabina. El hombre arrancó la camioneta de nuevo, rumbo a la casa. Ni él ni Federico dijeron nada en ese recorrido. Cuando vieron la camioneta, los perros comenzaron a ladrar nuevamente. El hombre estacionó, dijo «ahora vengo», bajó y fue corriendo hasta la casa. Un minuto más tarde volvió a aparecer. En ese lapso, los perros no habían dejado de ladrar.

—Ahora sí —dijo—, nos vamos.

—Están como locos —comentó Federico, señalando a los animales.

—Sí, se ponen como locos cuando la camioneta tiene las luces encendidas. No sé qué pensarán.

—Hoy cuando escuchamos los ladridos nos asustamos.

—¿Ah, los habían escuchado? —se rió el hombre, roncamente—. No, quedate tranquilo que están atados.

—Es bueno saberlo.

La camioneta ya se alejaba otra vez de la casa. Federico se dio vuelta para mirar los perros, y los vio nuevamente calmados y mansos, en silencio.

—¿Cómo te llamás, pibe?

—Federico.

—¿Federico? Tengo un sobrino, Federico. Yo me llamo Rómulo.

Parece un buen hombre, pensó Federico. Por fin una que les salía bien. La camioneta surcaba velozmente el camino flanqueado por arbustos, cuya especie había ido variando: ahora eran menos espinosos y más verdes. Fueron largos minutos en silencio. Después Rómulo preguntó:

—¿Qué andaban haciendo por acá?

—Vinimos a festejar el día de la primavera.

—Ah, pero se vinieron lejos. Casi todos los pibes se van para el otro lado del parque.



—Sí, en realidad nos perdimos hoy temprano... Y cuando tratamos de volver, nos seguimos alejando. Y terminamos acá.

—Bueno, tuvieron suerte. ¿Qué, pensaban hacer todo este trayecto a pie?

—Y, sí —dijo Federico—, no nos quedaba otra...

—Iban a llegar mañana.

Federico miró hacia atrás, a sus amigos, que iban sentados con la espalda contra la cabina de la camioneta. Le pareció que conversaban, aunque casi no se movían. Tenían los hombros caídos. Era evidente que estaban cansados.

—¿Usted vive acá? —preguntó Federico.

—Sí, vivo parte de mi tiempo acá y la otra en mi casa de Verónica. ¿Ubicás Verónica?

—Sé que queda pasando La Plata.

—Exactamente. Yo soy de allá, pero tengo también esta casa y me encanta, así que trato de venir siempre que puedo.

—¿Ahora va para Capital?

—No, no, al Cruce Varela voy. Voy a buscar a mi señora, que llega ahora de Rosario, fue a visitar a la familia.

—Ah, justo hasta el Cruce. La verdad que tuvimos suerte.

—Ajá —Rómulo sonreía.

Luego de otros largos minutos de marcha, en que los arbustos dejaron su lugar a los simples yuyos y pastizales, vieron a la distancia las luces de una ruta. Federico sintió en la garganta algo que hubiera podido definir como emoción. Les golpeó el vidrio a sus amigos, y ellos se dieron vuelta y él les señaló la ruta, y Ramiro y Daniel festejaron apretando sus puños.

Cuando llegaban a la ruta, como si fuera sólo por decir algo, Rómulo dijo:

—Así que se asustaron de los perros...

—Sí... Porque además hoy nos habíamos cruzado con un tipo que iba con unos perros, con pinta de cazador...



—¡No me digas que vieron al hijo de puta ese! —gritó Rómulo. Federico se sobresaltó un poco, porque era la primera vez que el hombre levantaba la voz. Subieron a la ruta y el ruido rugoso de la grava bajo las ruedas de la pick-up cambió por el sonido del deslizamiento de los neumáticos sobre el asfalto.

—Sí, lo vimos —dijo Federico.

—¿No les hizo nada?

—No nos vio...

—Menos mal. Es un loco ese tipo, sale con una carabina y tira, no sé qué busca, pero a lo que se mueve le tira. Va a matar a alguien un día. Y sí, sale con unos perros bravos.

—¿Pero usted no sabe quién es?

—No —dijo Rómulo.

—Por suerte pudimos escondernos...

Federico sintió un escalofrío al recordar que no sabían nada de Santiago.

—Bueno, mejor. Igual, yo hoy estuve todo el día en casa y no escuché ningún tiro.

Eso tranquilizó un poco a Federico, que enseguida se puso a pensar en otra cosa, en *cualquier* cosa. Tenía una extraña facilidad para pensar en otra cosa cuando le convenía. En definitiva, tampoco ellos habían escuchado tiros ni ningún otro ruido extraño. Al menos eso creía. Miró la luna, que se había recostado en el cielo y estaba justo frente a ellos, ocupando el primer plano de la pantalla-parabrisas. No había muchos autos en ese sector de la ruta. Federico vio que del lado derecho tenían una especie de llanura, y sobre la lejana línea del horizonte se veían luces, seguramente de alguna ciudad. A la izquierda estaba el parque; el área que ahora dejaban atrás era de árboles altos y alineados prolijamente unos junto a otros. Entre los árboles y la ruta había una amplia cuneta. Federico volvió a mirar la luna, y creyó recordar vagamente que **exactamente** un año atrás, en el regreso de aquel día de la primavera, también le había prestado atención a la luna. Tal vez la luna de la primavera tenga algo especial, pensó.



Iba compenetrado en eso cuando los chicos desde atrás golpearon el vidrio. Federico se dio vuelta y vio que Ramiro y Daniel hacían gestos desesperados, pidiéndoles que pararan la camioneta.

—Dicen que pare.

—¿Qué? —se sorprendió Rómulo, que pareció salir de golpe de los pensamientos en los que estaba sumido.

—Los chicos dicen que pare.

—¿Pero por qué?

—No sé, parece que pasó algo.

Rómulo masculló algo y en cuanto pudo sacó la camioneta del carril izquierdo de la ruta y la estacionó en la banquina de tierra. Pero *en cuanto pudo* fue bastante más allá del lugar en que estaban cuando los muchachos comenzaron a golpear el vidrio.

Apenas la camioneta se detuvo, Ramiro y Daniel bajaron de un salto y salieron corriendo.



13

—Dani, la verdad, me tenés los huevos llenos —dijo Ramiro—. No sabíamos cómo volver, mirá todo lo que tendríamos que haber caminado, encontramos una camioneta que se ofrece llevarnos hasta el Cruce, y te seguís quejando.

—Bueno, boludo, pero no me digas que no es arriesgado. No lo conocemos al tipo.

—Andá a cagar.

Los dos tenían los brazos caídos al costado del cuerpo y las piernas estiradas, y por encima de las puntas de sus pies podían entrever las huellas que las ruedas de la camioneta dejaban en el camino. Cada vez veían menos, porque la luz de la luna era cada vez más pálida.

—Aparte, ¿por qué volvió el tipo?

—Nos dijo que se olvidó los documentos.

—Mirá que se va a olvidar. Para mí que nos vio...

—Estás paranoico, dejate de hincar las pelotas... Che, viste que los arbustos ya no son de espinas. Éstos tienen hojas.

—Sí, tenés razón. Debe ser que estamos saliendo del parque, nomás.

—¿Vos qué pensás, será verdad todo lo que nos contó el tal Claudio?

—Qué sé yo —dijo Daniel—. *Ahora* dudás, la puta que te parió. Yo desde el mediodía que estoy queriendo irme...



—Bueno, eso es verdad. No sé, yo hoy le creí al tipo, pero ahora que lo pienso...
—Vos le creíste la guita que nos prometió.
—Era mucha guita... Che, hablando de guita: ¿tenés la moneda?
—¿Qué moneda?
—La de 25, con la que hicimos los sorteos.
—Sí.
—¿Me la das?
—¿Para qué?
—Hay que guardarla. Es histórica esa moneda. Compañera de aventuras.
—Después te la doy. Cuando aparezca Santi hablamos todo lo que quieras de aventuras y de lo que sea. Pero yo estoy preocupado.
Ramiro hizo un ruido de protesta con la boca.
—Santiago se llevó ese caramelito... Yo te vuelvo a decir, él la debe haber pasado mejor que nosotros. Bah, la debe estar pasando todavía.
—Qué sabés.
—¿No viste que la minita se lo llevó de la mano?
—¿A quién?
—A Santiago. Cuando escuchamos los ladridos y salimos corriendo, nosotros tres corrimos para un lado, pero Santi estaba al lado mío y yo vi cómo ella le agarraba la mano y se lo llevaba para el otro lado. Se sacó la grande, Santi.
Daniel no respondió nada. Se quedaron callados un rato, y luego escucharon que Federico les golpeaba el vidrio. Se dieron vuelta y vieron, allá adelante, la ruta.
—¡Boludo, la civilización! —gritó Ramiro.
—¡Por fin! —gritó Daniel.
—Viste, boludo, al final vamos a llegar lo más bien... Qué suerte que tuvimos...



Volvieron a quedarse en silencio. La camioneta llegó a la ruta. Lo que comenzaron a ver sobre sus pies fueron las rayas blancas del asfalto, y disfrutaron del andar mucho más sereno de la pick-up.

—Qué linda noche —dijo al rato Daniel.

—Sí. Hermosa.

—¿Allá qué es?

—No tengo idea. Se ve que es una ciudad, pero no tengo idea de qué será.

—¿Será Punta Lara?

—Ni idea. Si te digo, te miento.

—Y acá en la ruta se ve que termina el parque, ¿no? Porque de este lado ya no es, pero acá sí... ese bosque de árboles todavía es...

Y Daniel se quedó callado porque lo vio.

En realidad los dos lo habían visto, y no reaccionaron hasta que se miraron los dos y cada uno supo que el otro también lo había visto.

—¿Lo viste? —gritó alguno de los dos, y el otro le respondió que sí.

E inmediatamente se pusieron a golpear el vidrio llamando a Federico.



14

Santiago sacó los papeles de un tirón y sintió que un polvo le inundaba la cara. Estornudó. Recién luego vio lo que tenía en la mano: un cheque por la cantidad ofrecida y una nota escrita de puño y letra en una hoja de cuaderno mal arrancada. Lo primero que leyó fue la firma: «Claudio». Después, lo que decía la nota:

Chicos:

Otros Cuentos ya no existe. Es más, creo que yo mismo ya no existo, ni existe nada de lo que me parece real. Pero gracias por buscarlo, porque eso de alguna manera lo hace existir. Los felicito por haber logrado lo que nosotros no pudimos. El premio es suyo, se lo merecen. Muchas gracias, ha sido un gusto.

Y la firma.

Santiago volvió a mirar el cheque. Le costó enfocar la vista para ver el número, cada uno de los dígitos con claridad. Después se dio vuelta para ver a Mirna, y volvió a sentir que le costaba poner la mirada en foco, y Mirna –que sonreía con esa sonrisa que encandilaba, con la cual Santiago iba a soñar miles de noches después– le dijo:

–Llegaste.



—Llegamos –dijo Santiago. Se dio vuelta, miró de frente la pradera y los árboles que estaban del otro lado. Comenzó a caminar hacia ellos. Lo que habían buscado tantas horas estaba ahí nomás, a unos pasos de distancia, detrás de aquellos árboles que eran tal como Claudio los había descrito. O por lo menos, así los veía Santiago. Y veía, del otro lado, unas luces, las adivinaba, allí estaban y era claro, aquello era –debía ser– la cabaña llamada Otros Cuentos. ¿Qué habría querido decir Claudio con que ya no existía? Santiago descubrió que le costaba mucho caminar, y se daba cuenta de que estaba justo en el medio de la pradera y que había llegado hasta allí caminando en zigzag, y que las cosas se le hacían borrosas y que por eso no podía terminar de armar la imagen de Otros Cuentos, no podía terminar de unir esas luces que estaban al otro lado de los árboles, porque se movían y titilaban y no le dejaban saber si estaban más cerca o más lejos. Caminó el resto de la pradera, y cuando llegó a la línea de los árboles, se cayó. Apoyó las manos y se levantó y si había apoyado las palmas de ambas manos, ¿dónde había metido la carta de Claudio y el sobre y el cheque, *fundamentalmente* el cheque? Escuchaba desde algún lugar un ruido raro, como un zumbido, un rumor que se difuminaba en el aire. No lo supo pero tampoco pudo preguntárselo, en ese momento en que lo importante era alcanzar Otros Cuentos, llegar por fin a Otros Cuentos que estaba ahí nomás, después de los árboles, y por eso fue, como pudo, a los tumbos, apoyándose de árbol en árbol, esos putos árboles que no se quedaban quietos y éste que parecía estar cerca y estaba lejos, y aquel otro que parecía lejos y estaba acá nomás, y las luces cada vez más deslumbrantes e inquietas, y el ruido que persistía como un murmullo y que jamás hubiera podido atribuir a autos que pasaban por una ruta, y cuando quiso darse cuenta ya había superado los últimos árboles, pero aunque quisiera ya no podía comprender nada más. Terminó de perder el conocimiento y cayó. Quedó tirado en el pasto.



15

Federico y Rómulo también bajaron de la camioneta y corrieron. Ramiro y Daniel cruzaron la ruta apenas pudieron. Saltaron el guardarrail como si fuesen atletas. Federico iba corriendo a toda velocidad detrás de ellos, sin entender nada, y les preguntó a los gritos qué pasaba, pero ellos no respondieron nada y enfilaron hacia la cuneta, hacia lo que habían visto allá, cerca de los árboles, tirado en el pasto.

—¡Santi! ¡Santi! —sacudieron al muchacho, que enseguida abrió los ojos. De nuevo le costó enfocar la vista, pero esta vez, al ver a sus amigos, ya no tuvo que volver a esforzarse.

—¿Estás bien?

—Sí, chicos, llegamos —balbuceó Santiago.

—¿Eh?

—Llegamos a Otros Cuentos.

Los tres amigos no entendieron si lo afirmaba o lo preguntaba.

—¿Qué decís, boludo... estás bien?

—Sí, claro... bah, me duele un poco la cabeza... ¿y Mirna?

—Llevemosló a la camioneta —dijo Federico.



—Ahí viene, mirá —señaló Ramiro. Rómulo, como no hubiera podido correr junto con ellos, lo que hizo fue volver a la camioneta, aprovechar el semáforo que había más adelante y doblar en U, para ir hasta el mismo lugar.

Daniel y Federico levantaron a Santiago tomándolo por las axilas.

—Chicos... ¿ya nos vamos...? ¿Ustedes llegaron?

—¿Adónde, Santi?

—A Otros Cuentos...

—No, no llegamos. Pero por hoy ya terminamos. El año que viene, en todo caso, volvemos a buscarlo.

—¿Y el cheque?

Federico se frenó. Miró a Santiago muy serio.

—¿Qué cheque, Santi?

—La plata... por haber encontrado Otros Cuentos...

Volvieron a caminar.

—Eso nunca existió, Santi.

Lo metieron en la cabina de la camioneta. Luego Federico se acomodó junto a él. Santiago echó la cabeza hacia atrás y se desvaneció de nuevo. Ramiro y Daniel se fueron atrás. Rómulo se acomodó en su lugar.

—¿Y este quién es? —preguntó.

—Ahora le cuento —dijo Federico.

Y con una voz dormida, ajada, casi de ultratumba, Santiago habló:

—Está bien... entonces... el año que viene... volvemos a buscarlo...

—Sí, Santi. Quedate tranquilo. Ahora dormí.

Rómulo sacó la camioneta otra vez a la ruta y reemprendió la marcha.



16

A pesar de que los buscaron, ninguno de los cuatro chicos volvió a ver ni a tener noticias de Claudio ni de Mirna ni del cheque ni de Támesis ni de Otros Cuentos.

El día de la primavera del 99 no retornaron a la búsqueda de la cabaña. Más aún: ni siquiera fueron al parque. Habían terminado el secundario y sus vidas habían tomado diferentes rumbos. Uno estudiaba en una universidad privada y tuvo clases, otro trabajaba, otro se había ido a vivir a España, el otro fue con otro amigo a pasar el día a los bosques de Palermo.

Poco después dejaron de contar la historia y hasta casi la olvidaron, cansados de que nadie les creyera.



Esta publicación se terminó de imprimir
en el mes de mayo de 2007,
en la ciudad de La Plata,
Buenos Aires,
Argentina.

